El cóndor de los llanos

En La Rioja, una excursión a la reserva natural de cóndores de La Sierra de los Quinteros. Cabalgata entre grandes rocas de granito del extraño paisaje de los llanos, guiada por baquianos alejados de la modernidad.

Noticiero Noticiero

Tandil: sierras y aerosillas



Podría decirse que Tandil es uno de los límites de la extensa pampa bonaerense. Desde Buenos Aires, después de recorrer 350 kilómetros de una ruta sin accidentes topográficos, el horizonte desaparece tras las sierras, un perfecto lugar para desconectarse de todo. Tandil ofrece varios circuitos con actividades que van desde excitantes y esforzadas escaladas, trekking y cicloturismo, hasta tranquilas pescas y caminatas. Y en estos tiempos de invierno, los visitantes se encontrarán con una sorpresa: la instalación de un medio de elevación en el cerro El Centinela, donde funciona desde hace años un complejo recreativo (con restaurante incluido). Las aerosillas –de fabricación alemana– recorrerán los 700 metros que separan a la piedra El Centinela (evocación de la mítica Movediza) de la cumbre del cerro, donde hay una confitería para reponer el aliento después de la experiencia de "sobrevolar" cavas de canteras abandonadas, bosques de pinos, el paisaje serrano de Tandilia y el abra del valle de Tandil. Las siete torres y las 46 sillas permitirán transportar alrededor de 400 pasajeros por hora. Sin duda, un paseo por el aire como el parapente, pero mucho más seguro. Entre sierra y sierra, no hay que olvidar el paseo a la sierra de Las Animas, a pocos kilómetros de la ciudad, o a la sierra del Tigre, una zona que recibió su nombre por los muchos pumas que merodeaban –y todavía hoy merodean– por allí. El parque Independencia es uno de los tesoros de Tandil, un abundante bosque de coníferas rodeado de jardines formales, a la italiana, con varios miradores naturales. Dentro del casco urbano, la ciudad muestra una de sus producciones típicas en Epoca de Quesos, una vieja esquina donde se venden quesos con hierbas y condimentos, y los fiambres más variados.

Esquí en las pistas fueguinas

Los ocho centros invernales de Tierra del Fuego están funcionando sin problemas: la nieve polvo cubre las pistas de Glaciar Martial, Cerro Castos, Altos del Valle, Tierra Mayor, Las Cotorras, Haruwen y Francisco Jerman, mientras que los 8 kilómetros de pistas del Solar del Bosque tienen 40 centímetros de nieve nueva. Así lo informó la Secretaría de Turismo de la provincia austral que, atenta a la seguridad de los visitantes, también recomendó transitar con precaución por las rutas fueguinas sin olvidar que es obligatorio el uso de cubiertas con clavos o cadenas.

TARIJA *Tan cerca de Salta y Jujuy*

Bolivia verde

¡Cuán verde era mi valle... boliviano!

Ubicada a 200 kilómetros de la frontera con nuestro país, la ciudad de Tarija fue, en el siglo XIX, dos veces argentina. Calles con pendientes y casas de adobe en un fértil valle regado por cuatro ríos donde se dice "che" y se toma mate a cualquier hora del día. Iglesias, una valiosa biblioteca, centros culturales y, sobre todo, una fiesta de comidas, peñas, guitarras y vino.

TEXTO Y FOTOS: ALEJO SCHATZKY

Cuando uno piensa en Bolivia generalmente acuden a la mente imágenes de cholitas vistiendo ponchos y aguayos multicolores, bombín negro sobre las trenzas negras y la cara hinchada por el acuyico de coca. También hay quienes recuerdan las máscaras del Carnaval de Oruro, los mineros de Potosí o la inmensidad desoladora del altiplano, así como al pensar en Brasil antes llegan las visiones de las playas de arena blanca y palmeras del nordeste que las de las tierras agrietadas del sertao. Grande entonces es la sorpresa del que llega a Tarija y descubre el valle fértil que el agua de cuatro ríos enverdece; grande el asombro al ver los rostros despojados de los rasgos indígenas que distinguen a la gente de la puna; mediano el desconcierto al *oír* hablar de "che" y ver tomar mate con la misma yerba que se vende en Tierra del Fuego y con el mismo afán que en el litoral.

UN ANIMO ANTIGUO Pasado el asombro salimos a caminar. Tarija es una ciudad con calles de leve pendiente y casas bajas de ladrillo de adobe y techo de paja o tejas. Aunque los ingenieros de la estética universalista y uniformadora han hecho lo suyo, la ciudad conserva un ánimo antiguo con visos de anacronismo, debido principalmente a la gran cantidad de edificios de diversas épocas pasadas que embellecen su trazado urbano.

Además de la catedral hay por lo menos seis iglesias que vale la pena conocer. De ellas la más atractiva es la Basílica de San Francisco, que contiene una extensa biblioteca de libros nuevos y antiguos, incluyendo un ejemplar de *La Ilíada* que data de 1501. Otro edificio que merece una visita es el Castillo de Beatriz, que perteneció al comerciante Moisés Narvajas. Pero la construcción más llamativa de Tarija es la Casa Dorada –hoy Casa de la Cultura– que se ha convertido en el símbolo de la ciudad. Construida en 1900, era la residencia de Narvajas y hoy es un fascinante exponente del art kitsch. Desde su fachada pintada de oro y plata con estatuas que coronan decenas de columnas de estilos diferentes hasta sus salones atiborrados de murales italianos, alfombras persas, cortinas de Damasco, espejos venecianos e infinidad de objetos de oro, todo es una muestra acabada del más cuidado mal gusto, o al menos de un concepto muy barroco de decoración.

IDENTIDAD TARIJEÑA Los "chapacos" se sienten distintos del resto de los bolivianos, y exhiben la diferencia con orgullo. "Al Norte –dice un chofer de colectivos refiriéndose a Potosí y La Paz– no voy ni que me inviten." En el mismo colectivo una señora declara: "Cuando uno va al Norte le agarra como una melancolía, una tristeza."

La ciudad fue fundada en 1574 con el nombre de "San Bernardo de la Frontera de Tarixa". Casi dos siglos y medio después, en 1807, el rey

RANGA-RANGA AL PLATO

Para los amantes de la gastronomía, aquellos que sostienen que es preferible vivir para comer antes que comer para vivir, y para todo aquel dispuesto a dejar de lado los fantasmas coléricos y todo prejuicio sobre la alimentación en Bolivia, Tarija es una fiesta.

Se hace indispensable pasar varios días en la ciudad para llegar a probar la enorme cantidad de platos regionales.

Entre los prêt à porter, que se pueden comer al mismo tiempo que se camina –dependiendo de la capacidad psicomotriz del comensal–, se cuentan las humitas, las salteñas (empanadas al horno de pollo o carne, las preferidas por los vendedores de quitamanchas), las tucumanas (empanadas fritas de carne y papa), las empanadas de dulce de cayote (variedad de zapallo), el yogur casero, los sonzos (brochettes de mandioca y queso), los cuñapés (chipá, pan de mandioca) y el choclo con queso.

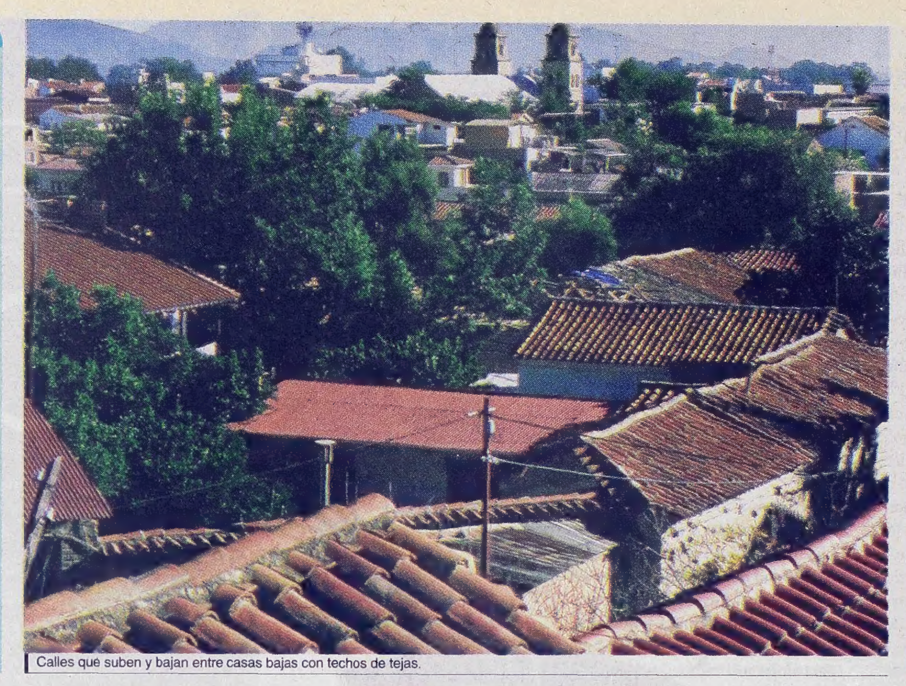
Entre los que se comen con cuchara o tenedor, y preferentemente sentados a la mesa, están el saice (carne guisada con papas y arvejas, condimentada con mucho comino), el ranga-ranga (guisado picante de mondongo), el chuño (papas deshidratadas), el pique a lo macho (carne, papas fritas, queso, picante, cebolla y todo-lo-que-usted-pueda-imaginar en un solo plato), el keperi (carne primero hervida y luego frita que se sirve con mandioca), el chacao (sopa de pollo), la sopa de maní, el fricasé (guisado de cerdo con chuño), el silpancho (milanesa con huevos fritos, arroz y plátanos fritos), el pollo broaster (versión avícola del silpancho) y los anticuchos (brochettes de lomo o ubre). Entre las bebidas no alcohólicas se destacan la aloja (bebida ligera hecha con cebada y especias, parecida a la aloja de vainas de algarroba que saben preparar santiagueños y tucumanos), el refresco de mocochinchi (jugo de orejones) y el api (bebida espesa hecha con maíz blanco o maíz morado, clavo de olor, canela y limón), muy popular en los desayunos servida caliente con sopaipillas (especie de tortas fritas). Entre las alcohólicas sobresalen la chicha de maíz y de uva y el singani (especie de pisco).

Las empanadas y las humitas suelen costar $0,15; el vaso de aloja o refresco, $0,08; el de chicha, $0,25, el api con sopaipillas, $0,35 y un plato generoso de comida regional acompañado de arroz y ensalada, $0,50. Esto en el Mercado, y cabe destacar que el de Tarija es excepcionalmente limpio.

Los almuerzos (sopa, ensalada, plato y postre) en un restaurante van desde los $1,50. Muchos sitios sirven carne argentina y pizzas, y hay también un restaurante vegetariano (El Solar, en la esquina de Campero y Lema).

DATOS UTILES

Cómo llegar: Yendo desde Argentina por tierra hay tres posibilidades: una por Jujuy, vía La Quiaca-Villazón, y dos por Salta: vía Agua Blanca-Bermejo, y vía Pocitos-Yacuiba. Por avión: Lloyd Aéreo Boliviano vuela varias veces por semana a Tarija desde las principales ciudades de Bolivia. La Paz: $98, Santa Cruz de la Sierra: $78, Cochabamba: $70 y Sucre: $55. También ofrece un vuelo semanal a Salta: $109. Estos precios corresponden a pasajes de ida y no incluyen los impuestos bolivianos (19% + tasa de aeropuerto). Desde Buenos Aires (ida y vuelta, impuestos incluidos, con escala en Santa Cruz): $416 en temporada baja y $463 en alta (15 de julio al 15 de agosto).
Dónde dormir: Los alojamientos más modestos cobran $3 por persona, con baño compartido. De allí para arriba hay una amplia variedad de ofertas, de distintos precios y calidades. El hotel más caro cobra $70 la habitación doble con desayuno.


Calles que suben y bajan entre casas bajas con techos de tejas.

Noticiero

Villa Gesell no se enfría

Siempre lista, Villa Gesell propone unas vacaciones de invierno muy animadas frente a la costa. Excursiones por la ciudad y sus alrededores, paseos por la avenida Costanera hasta el Muelle de Pesca, espectáculos, deportes y recreación para grandes y chicos conforman el nutrido programa de la villa, al cual se agrega el Parque Temático Aventura en el Bosque, la Feria Artesanal y las casas de té con las delicias de la repostería europea. Y teniendo en cuenta el bolsillo, vale la pena conocer los precios (por persona): Excursiones al Faro Querandí: desde $ 15. Alquiler de cuatriciclos: desde $ 20. Alquiler de bicicletas: desde $ 4. Citytours: desde $ 7. Alquiler de caballos: desde $ 10. Cabalgatas programadas: desde $ 15.

Carlos IV de España ordenó que la provincia de Tarija se anexara a Salta, lo que luego de diez años de resistencia pacífica desencadenó la batalla de La Tablada. En 1825 fue Simón Bolívar quien ordenó la devolución de Tarija a las Provincias Unidas del Río de la Plata, decisión que acarreó nuevos enfrentamientos, luego de los cuales ya no se insistió más en el tema y la provincia, limítrofe con Salta y Jujuy, quedó definitivamente bajo bandera boliviana.

TREKKING POR LOS CERROS Los alrededores de la ciudad de Tarija recuerdan a ciertos paisajes de la provincia de Salta. Aquí los cerros delimitan valles de entre 1600 y 2200 metros de altura en cuyas tierras crecen árboles similares a los del noroeste argentino: algarrobo, chilca, molle (aguaribay), churqui y tarco (jacarandá). De clima templado todo el año, esta zona es ideal para el trekking, aunque no hay mapas y ni siquiera caminos, y muchas veces las sendas atraviesan campos y sembradíos.

Entre estos treks informales uno de los más recomendables es el que bordea el embalse de San Jacinto, a ocho kilómetros de la ciudad. Donde termina el camino de autos se cruza la represa, se dejan atrás los puestos de comida y de alquiler de botes y se toma una picada que va siguiendo el borde del lago. En un momento hay que comenzar a trepar hasta que se llega a la cumbre de un pequeño cerro desde el cual se aprecian el lago y el extenso valle.

VINOS Y GUITARRAS A unos 30 kilómetros de Tarija se encuentra el Valle de Concepción, apodado "La Andalucía de Bolivia", donde se producen los mejores vinos del país. Es posible visitar los viñedos y sus principales bodegas haciendo previamente una reserva en la oficina de difusión de vinos que está frente a la plaza de Tarija.

Hay en la ciudad dos cines, seis discotecas y dos centros culturales (Hamlet y La Vinchuca). Pero la noche tarijeña se desvela en las peñas, en los vinos que van de mesa en mesa, y la mañana llega despacito, como para no interrumpir a los que, guitarra en mano, dejan sus penas en una zamba.

LA RIOJA *Ecoturismo en La Sierra de los Quint*

La quebra cónd

Un nuevo destino turístico al sur de La Rioja, donde se avistan decenas de cóndores en su ámbito natural, volando entre escarpadas montañas a escasos metros del visitante. Chivitos asados en horno de adobe y una cabalgata por extraños paisajes con gigantescas rocas de granito, guiados por baquianos que viven aislados de la modernidad.

El vuelo del cóndor. Casi estáticos en el aire, planean suavemente acechando a sus presas.

POR JULIAN VARSAVSKY

Una camioneta 4x4 nos conduce por un polvoriento camino de tierra desde el pueblo de Tama (a 150 kilómetros de La Rioja) hasta La Sierra de los Quinteros, un extraño paraje abarrotado de enormes rocas redondeadas de granito. Está amaneciendo, y el rocío aún no se ha secado sobre las hojas de los arbustos que alfombran las suaves lomadas. Las rocas parecen el resultado de un descomunal derrumbe, pero en la cercanía no hay ninguna montaña que certifique esta teoría. Inquieta preguntarse de dónde provienen semejantes moles desparramadas en medio de la nada... acaso brotaron de la tierra, o cayeron del cielo en una destructiva lluvia de meteoritos. Pareciera que hace millones de años hubo aquí una gran explosión, un verdadero cataclismo que convirtió al lugar en una especie de parque jurásico donde en cualquier momento aparecerán surcando el cielo un grupo de pterodáctilos. Pero los lugareños no se plantean estos interrogantes, y viven tranquilos en sus casas construidas entre las rocas, allí donde nace algún manantial. Medio kilómetro separa una casa de la otra, y en los patios cuelgan de los árboles pedazos de carne "charqueándose" (se salan y los dejan secar).

Un camino ascendente nos lleva hasta los altos de una meseta, una gran planicie donde sobresalen centenares de rocas de granito. Abajo, en la lejanía, las nubes encapotan un valle velado a nuestros sentidos. Al rato llegamos a Santa Cruz de la Sierra, el puesto base para alcanzar la Quebrada de los Cóndores. Se trata en realidad de la casa donde nació y vive José de la Vega, un baquiano que oficia de guía y está acondicionando el lugar para alojar turistas (estará listo en pocas semanas). Llamar idílico a este paraje es quedarse muy cortos. Sentados en el patio a la sombra de un nogal –frente a un arroyo al pie de la sierra–, percibimos un silencio casi perfecto, matizado por el arrullo del agua, el cantar de los "angelitos" (pequeños pájaros blancos) los silbidos de una cotorra, y el maullar de un gato que no se quiere bajar del techo. Y además están los patos, las gallinas, los perros y los caballos. Los dueños de casa hablan muy bajo, casi en susurros, ya que aquí nunca se grita (no hace falta). Los habitantes de la zona se tratan entre sí con mucha suavidad y son muy solidarios... por ejemplo, comparten los depósitos de maíz, o directamente los granos según las necesidades de cada uno.


Rumbo a la Reserva. El primer tramo a caballo; después, a pie.

UN CHIVITO AL HORNO En el horno de adobe al aire libre se está cocinando un chivito especialmente para nosotros, y su aroma nos adelanta el placer que depara la carne. De la Vega interrumpe el mate y va al huerto a recolectar unas hojas de perejil para adobar la comida, y luego se acerca al arroyo donde junta agua cristalina. Mientras troza leña con un hacha, nos muestra los paneles solares que ha instalado para producir electricidad. Nos cuenta que las paredes de su casa –de medio metro de ancho– son de piedra y barro para mantener el calor en invierno y el frío en verano.

La comida está servida, y los humeantes costillares inauguran el banquete. La tierna carne del chivito, blanca y muy grasosa –y quizá por ello tan rica–, se come con la mano. En lo mejor del almuerzo, llegó a caballo un baquiano vecino para visitar a su compadre. En primer lugar se dirigió a mí y extendió su mano, pero la mía estaba totalmente embadurnada de grasa. Se lo hice notar pidiéndole disculpas por la descortesía, y con tonito riojano me respondió: "Pero por favor", y sin que mediara un instante me estrechó la mano generosamente al tiempo que la suya se ensuciaba de manera irremediable. Conversar con estas personas es una experiencia sublime. Es gente de una generosidad inmensa, que no sabe de maldades y maneja códigos muy distintos a los del hombre urbano. Aquí pareciera que dar y recibir fuesen lo mismo, y se desconocen las leyes del mercado y las relaciones humanas interesadas.

EL LLAMADO DEL CONDOR Sobre el final del almuerzo nuestro encuentro con los cóndores se adelanta un poco. El niño de la casa alza la mirada ydescubre dos soberbios ejemplares bajando con un lento y cerrado planeo circular encima nuestro, hasta que nos separa una distancia de 50 metros. Cuando se cansaron de girar en círculo, aprovecharon una corriente térmica para ascender y se perdieron en las alturas. Según se dijo, nos estaban llamando.

Los caballos del dueño de casa son ahora nuestro medio de transporte. Al rato estamos otra vez entre las gigantescas rocas de granito, algunas de hasta quince metros de altura. Allí descubrimos que en su lisa superficie crecen unos vegetales muy pequeños, y a su sombra nacen variados helechos. Entre ellas brotan vertientes de agua que en el verano se multiplican por doquier alimentando un imponente verdor.

...ada de los ...ores

En todo el trayecto, las enormes piedras de La Sierra de los Quinteros.

Los manantiales mayores forman quebradas con grandes piletones naturales donde se pescan truchas y uno puede darse un baño. Entre los pastizales salen despavoridos una veintena de pajaritos, mientras nuestro guía ofrece una clase de botánica criolla remarcando las diversas plantas aromáticas y medicinales: peperina, poleo, menta, vira-vira, incayuyo y molle.

Los esforzados caballos deben subir despacio entre las rocas y conviene sujetarse muy fuerte. A veces se resisten a avanzar y hay que azotar-



los un poco. Pero llega un momento en que ya no hay terreno llano sino sólo rocas enormes pegadas una a la otra, y debemos avanzar a pie. Por suerte el trayecto es corto, y caminando por un seguro camino de cornisa sobre un precipicio arribamos a El Cerro, el lugar donde se observan los cóndores. El mirador es una saliente de piedra al borde de una gran meseta, un verdadero balcón natural que da a un escarpado precipicio de mil metros de caída libre, donde se observa toda la extensión del valle de los Llanos Riojanos. A lo lejos divisamos un solo cóndor y nos invade la decepción, pero el hijo del baquiano De la Vega comienza a gritar como un chivito, y en apenas 10 minutos aparecen de atrás de las montañas más de 20 cóndores acechando la zona. El niño sigue gritando y las aves se acercan cada vez más sobre nosotros. Nos hemos acostado boca arriba en la saliente de piedra junto al precipicio, y miramos azorados la presencia majestuosa de las aves volando en cámara lenta a unos 15 metros encima nuestro. Planean casi estáticos en el aire, con su cuerpo inmóvil y la cabeza doblada hacia abajo tratando de descubrir su presa. Por momentos alcanzamos a divisar hasta el brillo de sus aguerridos ojos, y a veces vuelan a un nivel más bajo que el mirador. Al verlos pasar se distingue claramente su arrugada cabeza pelada, el collar de plumón blanco, y un plumaje negro con orlas blancas que configuran la imagen-símbolo de las altas cumbres. El macho se distingue de la hembra por la presencia de una carúncula carnosa que le cubre la cabeza desde el pico hasta la altura de los ojos.

EL ULTIMO VUELO Cuando ya han descendido demasiado y no ven presa a la vista, los cóndores se suben a una corriente ascendente, y sin el menor esfuerzo ganan alturas



increíbles. Dicen los lugareños que a veces llega a haber hasta 80 cóndores volando entre estos desfiladeros, donde tienen sus nidos en inalcanzables nichos y grietas en las paredes de la montaña. El poético vuelo del cóndor ha dado origen a muchos mitos y ha alimentado la mística de los hombres. Los indígenas del Noroeste resaltaban su longevidad y bebían su sangre para alargar la vida. Aún hoy, muchos aseguran que cuando el cóndor siente mermar su fuerza y es abandonado por las hembras, remonta alto vuelo y se suicida arrojándose en picada –con las alas trabadas por las patas– hasta estrellarse contra las rocas, para no sufrir la decadencia. Pero hay quienes llegan aún más lejos, afirmando que es verídico el mito de que el cóndor es inmortal, y que al sentirse viejo vuelve al nido para renacer como un pichón, al que le enseñarán nuevamente a volar. ●

DATOS UTILES

Cómo llegar: El pasaje de avión a La Rioja cuesta 160 pesos (ida y vuelta). Desde La Rioja se debe tomar la Ruta 38 hasta Punta de los Llanos, y doblar hacia el sur en la Ruta Provincial 29 hasta la localidad de Tama. Desde Tama nace un camino de tierra (transitable por autos comunes) hasta Paca Tala, y luego hay que seguir 41 kilómetros más hasta Santa Cruz de la Sierra. La excursión se puede contratar en la agencia Corona del Inca. Calle Pelagio Luna 914-La Rioja Tel.: 03822-422142/450054 e-mail: coronainca@infovia.com.ar Precio: 105 pesos (trayecto en 4x4, asado campestre y cabalgata). Mínimo 3 personas. También hay un camping (10 pesos por día), y el precio de las cabañas será de 50 pesos (aún no están terminadas).

Informes: Dirección General de Turismo de La Rioja. Calle Perón y Urquiza-La Rioja. Tel.: 03822-428839.

Sitio Web: www.larioja.gov.ar/turismo/index.html

Dónde alojarse: Por tratarse de un destino nuevo para el turismo, aún están en construcción las cabañas en La Quebrada de los Cóndores (estarán listas en pocos meses). Además, está planeado declarar al lugar Reserva Provincial, con la intención de regular un ingreso restringido del turismo. Hotel: Plaza Hotel (4 estrellas). Calle San Nicolás de Bari y 9 de Julio. Precio: 110 pesos la habitación doble.

Hotel Embajador (1 estrella) Calle San Martín 250. Precio: 55 pesos la habitación doble.



Desde el mirador de la Reserva de los Cóndores se contempla el valle de los Llanos Riojanos.

TEXTO: FRANCISCO OLASO
FOTOS: ULRIKE ALTEKRUSE



Imagen berlinesa. La mirada de Einstein entre las grúas de Postdamer Platz.

BERLIN *Una gigantesca obra en construcción*

La renovación permanente

Han pasado poco más de diez años desde que los berlineses del este cruzaron el Muro, decretando su fin. Hoy la capital de Alemania se renueva incesantemente. Pero la reunificación entre occidentales y orientales es todavía un difícil proceso. El arte, los pubs y la vida nocturna reinan en los barrios del este.

Berlín, la obra en construcción más grande del mundo, alberga la administración política y comercial de Alemania. La inversión se ha concentrado en el nuevo centro multifuncional en Postdamer Platz, la restauración de edificios públicos, el tendido de líneas de gas, agua y teléfonos en los barrios del este. Se han trazado túneles para autos y trenes y extendido la red subterránea. Se ha agilizado la red ferroviaria a fin de arribar al centro, desde cualquier punto, sin necesidad de escalas. Con una cara más moderna y uniforme, la ciudad celebró en diciembre del año pasado el décimo aniversario de la reunificación.

Sin embargo el Muro sigue en la cabeza de muchos berlineses. Aquí nadie sabe a ciencia cierta cuándo occidentales y orientales dejarán de ser "wessis" y "ossis", para vivir en una *misma* ciudad.

Más atenta a los negocios y la política que a los devaneos de la convivencia humana, la obra sigue su curso. Aquel cielo de Berlín que mostrara Win Wenders está hoy menos corrompido por el gris que por las grúas. El viento lleva y trae el polvo de escombros que son pura historia. Pero el reencuentro se ha vuelto más costoso de lo que presagiaba la noche del 9 de diciembre de 1989, cuando los berlineses orientales cruzaron el Muro por primera vez desde 1961. A bordo de sus Trabbis, unos autitos de carrocería plástica que parecen de juguete y se pagaban por buenos, se pasearon por la avenida del Ku'damm, la columna de Sieges-säule, la Iglesia de la Memoria. Los occidentales los recibieron con lágrimas, abrazos, champán, efusivos golpes en el techo. Diez años después ya no queda algarabía. Unos creen haber pagado la reunificación de su bolsillo; otros, con su alma. Hoy el Trabbi es el estigma de la ineficiencia y el utilitarismo opaco. Y aquel paraíso prometido es para los orientales una especie de infierno, donde ellos son de segunda clase, y sus derechos antaño intocables cuestan hoy un precio que a menudo no se alcanza.

POSTDAMER PLATZ Dividida en cuatro por las potencias triunfantes en 1945, el sector oriental fue ocupado por los soviéticos, y los sectores norteamericano, francés e inglés conformaron una isla cercada luego por el Muro. Postdamer Platz era antes de la guerra una plaza neurálgica, donde confluían cinco avenidas y un gran movimiento comercial. Durante dos siglos había visto pasar los viajeros que iban de San Petersburgo a París. Las bombas aliadas la redujeron a escombros, y el reparto la condenó a ser tierra de nadie a la vera del Muro, donde las casas se depreciaban y eran pasto del abandono. Corazón muerto de una ciudad bicéfala, la Guerra Fría prolongó su destrucción, aunque no su olvido. No en vano de aquí se sacó el primer bloque del Muro en 1989. Tampoco es casual que la capital reunificada haga de Postdamer Platz el nuevo centro de la ciudad. Aquí se inauguró un imponente complejo comercial, habitacional y de entretenimientos, que incluye la biblioteca del Estado, las sedes de la Daimler-Benz y la central europea de Sony, teatros, oficinas, viviendas y hoteles. "Es la primera vez que una ciudad construye un centro nuevo", me dice Jörg, un geógrafo joven que trabaja en una consultoría. Su dejo de orgullo de pronto se vuelve escepticismo: "Nadie sabe si va a ser funcional, y tampoco si la gente lo va a adoptar como centro."

CHECKPOINT CHARLIE Friedrichstrasse era a principio de siglo la calle de los teatros. Reciclada en la actualidad como paseo de compras, apenas pudo atenuar la arquitectura cuadrada, poco hospitalaria con la vista, que le legó la ex Alemania Oriental. Teniendo Berlín oriental un 17% de desocupación, por cierto que muchos vecinos no tienen acceso a su consumo refinado. Allí donde la Friedrichstrasse era cortada por el Muro, y todavía hoy el cartel reza: "Aquí comienza el sector americano", estuvo el puesto fronterizo más emblemático de la ciudad: Checkpoint Charlie. Películas y novelas de espías hicieron de este control un símbolo de la Guerra Fría. Aquí se intercambiaban agentes y traficaban microfilmes. Aquí, en 1961, los tanques norteamericanos y soviéticos estuvieron a punto de detonar la tercera guerra mundial. A metros del puesto funciona la Casa-museo que rescata la memoria del Muro y los intentos por franquearlo. Los elementos de fuga hablan por sí solos. Hay globos aerostáticos, valijas acondicionadas, carritos que marchaban por el barro de los túneles. Su rusticidad da la medida del deseo, más que la sonrisa sepia de esos pocos audaces que tuvieron éxito.

Los berlineses no escapan de las miserias de su memoria. Aquí no se ha legislado el olvido. A pocas cuadras de Checkpoint Charlie están los cimientos de lo que fue el cuartel general de la Gestapo, destruido duran-


Publicidad, belleza germana y viejos edificios sin maquillaje.



¡Halt! Checkpoint Charlie. Un símbolo de la Guerra Fría.


En la zona este, atelieres y artistas en Tacheles, el edificio que fue de la comunidad judía.


Turistas en la Puerta de Branderburgo. Una foto inevitable.

te la guerra. El predio se llama "Topografía del terror". Judíos, anarquistas, gitanos y comunistas son simplemente las víctimas. No hay eufemismo para los asesinos.

WESSIS & OSSIS Por supuesto que los barrios céntricos del este son un gran negocio inmobiliario. Pero a medida que uno se aleja crece la proporción de edificios consumidos en el gris, donde el revoque se ha desprendido, sin el alivio de una mano de pintura en casi 60 años. Hasta ahora son pocos los occidentales que se animan a habitar esos departamentos, calefaccionados en general a carbón. Pero el bolsillo tiene razones que la cabeza no entiende. "Como son baratos han llegado estudiantes universitarios y algunos profesionales jóvenes", dice Carsten, quien trabaja como arquitecto para un estudio. Carsten reside en Prenzlauerberg, barrio del este que la reunificación regó de pubs y vida nocturna.

Helmut fue policía, y hoy, retirado, toma cerveza junto a su amiga Ilse, en un bar del alicaído barrio de Rummelsburg. En general ambos coinciden al comparar el antes y el ahora. Los únicos que están conformes con el capitalismo son algunos jóvenes. Antes la educación era gratuita y mejor. La pobreza no existía. No pagaban casi nada y lo que pagaban era barato. Pero el nivel de los servicios era mediocre. Un teléfono o un Trabbi eran considerados lujo, y encima el Estado tardaba más de diez años en adjudicarlos. "Había carteles por todas partes ofreciendo trabajo", dice Ilse, "y hoy hay miedo existencial por el futuro, la falta de trabajo, el pago del alquiler, que antes costaba monedas". Les pregunto si antes había restricciones a la libertad. "Eso depende de qué se entienda por libertad", salta Helmut: "Antes no podía viajar, pero hoy no tengo plata para el viaje". Ella dice que sí, que había límites. Aparte del ruso que debía aprender todo el mundo, ella quiso aprender inglés. No le dijeron que no, pero le pusieron trabas. "Todo lo que venía del oeste estaba mal visto", dice.

Como se ve, el interés y el quiebre están en el este. Allí es donde pasan las cosas. Hacia allí se han desplazado la noche y también parte del arte. En Berlín Mitte hay una enorme cantidad de pequeñas galerías que muestran la producción de artistas jóvenes. Se ven pintura, collage, litografías, y sobre todo videoinstalaciones. No muy lejos, sobre la Oranienburgerstrasse, está Tacheles, edificio de la comunidad judía que los nazis destruyeron, los comunistas obviaron, y hoy está ocupado por artistas que han instalado atelieres abiertos al público. En Berlín hay una gran tradición de edificios ocupados. En los setenta en sus paredes podía leerse "Aquí termina el sector americano". Hoy dicen "Extranjeros adentro, afuera los nazis".

TRIBUS Y CODIGOS Como en cualquier ciudad grande. Al poco tiempo de estadía uno mismo empieza a descubrir fronteras entre sus habitantes. El modo de hablar de los del este, su ropa parca, el paso gastado, como si la ciudad se les hubiera convertido en extranjera. Pero los contrastes no los incluyen sólo a ellos. Suele decirse que Berlín, con sus cuatrocientos mil turcos, es la segunda ciudad más poblada de Turquía. Es común verlos en el barrio de Kreuzberg, donde muchos viven, o los domingos en los parques haciendo un picnic familiar. Bajo los robles del Tiergarten, no tan lejos de donde una mujer cubierta al modo musulmán retira una papa asada del brasero portátil, hay berlineses y berlinesas que aprovechan la tarde del séptimo día, para tomar sol sin más ropa que en el primero.

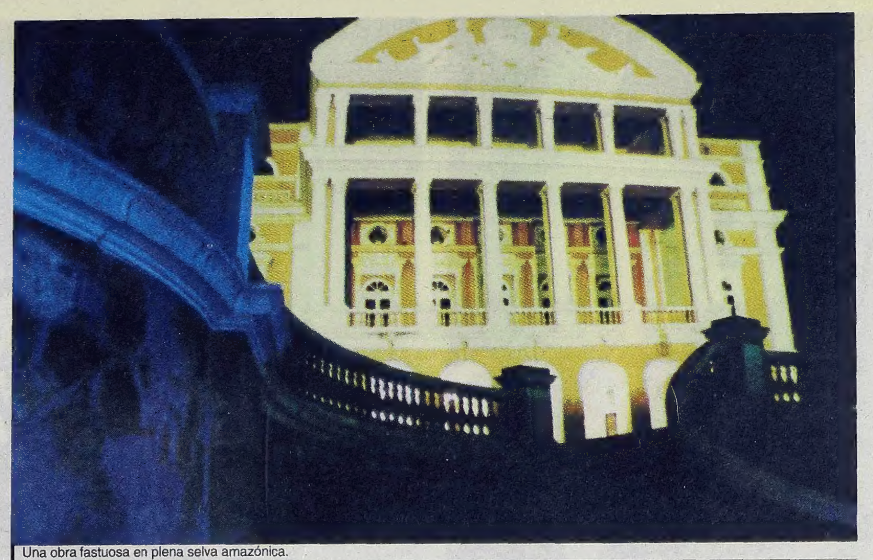
Berlín late, está viva. Las palabras apenas si rozan el interés que despierta vagar por sus calles, meterse en sus museos, beber su naturaleza en los lagos de los suburbios. Es tan cierto que se le ven las heridas, la disfunción cuando se mueve, como que su historia sabe de amaneceres igual que de amputaciones. Hoy la reunificación le sopla encima, con su viento de cambio. Pero para que la ciudad sea en su cuerpo precisará que el tejido social reunifique la savia. Hasta entonces los berlineses habitarán una capital tecnologizada y moderna, europea y cosmopolita, separados por muros invisibles, que cuesta mucho derribar.

POR CRISTIAN ALARCON

Manaos estalla en los ojos del viajero como una granada hecha de cemento esparciéndose en esquirlas sobre la selva. Y nada tiene que ver lo que cualquier advenedizo puede esperar de la capital amazónica con ese centenar de torres mezcladas con un infinito caserío de bloques de hormigón que parece hervir al calor de los cuarenta y dos grados de junio. Allí, entre los vestigios de una zona (muerta) de libre comercio con todas sus rutilancias de plástico, sus productos electrónicos, sus vendedores de monos y de artesanías hechas con dientes de pirañas, se ve el Teatro Amazonas, o la Opera de Manaos, única herencia de la fiebre del oro verde que hizo delirar de lujo a las familias dueñas de todo, durante una década, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX.

A orillas de los ríos Negro y Solimoes –el uno bajando del norte, el otro llegando del sur, de las montañas de Perú y Colombia–, Manaos es desde siempre la ciudad frente al *encontro das aguas* que forman el río Amazonas. Allí se levantaron los primeros ranchos de los conquistadores que se atrevieron a la profundidad de la selva y creció, a partir de 1880, como la capital del caucho. El descubrimiento del oro verde transformó una aldea en un centro industrial que produjo las ganancias más desorbitadas de la época. El caucho, usado luego para fabricar desde neumáticos a condones, surge como un líquido lechoso que baja por un hilo desde el tajo que hace un "siringueiro" en la corteza de un árbol. El árbol se llama siringa, y también borracha (las gomerías en Brasil se llaman borracherías).

En las últimas tres décadas del siglo XIX, Manaos prosperó con alevosía. Europeos y norteamericanos llegaron por el río Negro y, utilizando como mano de obra barata a los aborígenes de la zona, se enriquecieron hasta el delirio. Eran unos nuevos ricos muy ricos y estaban a semanas y semanas de navegación de Europa. Quién podría haber certificado los falsos títulos de los *varaos da borracha*, esa falsa nobleza de la Amazonia que tuvo su propia Opera. Quién podía negar que fueran ellos los mejores del mundo.



Una obra fastuosa en plena selva amazónica.

AMAZONAS *El teatro de los barones del caucho*

La Opera de Manaos

Unica herencia de la fiebre del oro verde que enriqueció a los barones del caucho, la Opera de Manaos se construyó a fines del siglo XIX con todo el lujo de los palacios europeos. Artistas y arquitectos cruzaron el Atlántico para montar en el corazón de la selva amazónica el teatro que en 1897 se inauguró con la ópera "La Gioconda".



Iluminados a pleno, los noventa palcos flanquean el magnífico escenario.

LUJO AMAZONICO Quizás como un símbolo de aquel tiempo, el teatro, en el centro de la ciudad, sigue teniendo unas orillas fuera de contexto. Cuando comenzaron a construirlo, y aun cuando lo inauguraron, las casas dispersas en calles de tierra, la precariedad y la abundancia de aventureros y rufianes en la zona hicieron que la obra ofreciera la misma impresión de inutilidad que la de un rascacielos en la pampa. Ahora, bajo un sol que hace brillar la cúpula vestida con 36 mil tejas vidriadas de Alsacia y Marsella, y con el verde y amarillo de la bandera brasileña, el esplendor de las restauraciones recientes da paso a la boite Jet Set y sus ofrecimiento de "strip tease y show erótico". Un clásico de la noche prostibularia la mira desde la vereda de enfrente. Detalles. Todo se olvida caminándola por dentro.

Encargada por las 22 familias más poderosas de la industria del caucho amazónico al Gabinete de Ingeniería de Lisboa, el teatro se proyectó con el mismo lujo que sus primos europeos. Todos los materiales para construirlos cruzaron el océano: vigas de acero de Glasgow, rejas de hierro de París, muebles estilo Luis XV, mármoles de Carrara, arañas de cristal italiano, escaleras y espejos, estatuas y artistas, los propios barones, casi todo vino de Europa. Sólo las maderas fueron extraídas del Brasil, pero también viajaron para ser cortadas y talladas para los pisos y las butacas.

ENSAYO DE ORQUESTA Un día miércoles a la mañana en el hall de la Opera la temperatura es la de un bosque austral en verano, mientras afuera los buitres rondan la carroña del puerto cercano. Una guía, estudiante de historia de la universidad local, sonríe tras unos aparatos de ortodoncia que la hacen más adolescente y lleva a los turistas hacia el auditorio en el que un 7 de enero de 1897 la Compañía Lírica Italiana estrenó el escenario frente a 800 butacas a pleno, con *La Gioconda*, de Ponchielli. Esa noche los carruajes llegaron produciendo un atascamiento frente a la plaza y aunque aun los rezagados entraban con el tino de los que saben no interrumpir, todo estaba pensado por los barones: las calles que llegan hasta el pie de las escalinatas gemelas de la entrada estaban adoquinadas con una mezcla de caucho para evitar el ruido.

Con el mismo cuidado, la guía se calla. Desde las nueve ensaya la orquesta filarmónica de Manaos, cuyos músicos provienen de 15 países. Al deslizarse en uno de los 90 palcos, por sobre las 250 butacas de la platea, los visitantes se deslumbran ante las pinturas de la cúpula que reproducen la base de la Torre Eiffel, una fantástica perspectiva que intenta terminar de convencer al público de que está en la ciudad indicada. Sobre el foro cuelga una obra del brasileño Crispim do Amaral que muestra a una consistente pelirroja de pechos fuertes, la diosa Yara, madre del agua, a cuyos lados la adoran dos hombres con cuerpo de agua, el *encontro das aguas*. Alrededor, los 90 palcos se cierran sobre el escenario adornados con 22 máscaras de la tragedia donadas por las familias de la nobleza. A cada máscara correspondía el nombre de algún artista, de Mozart a Rossini, y un sitio eterno en las mejores ubicaciones. Como el calor siempre es excesivo en Manaos, un batallón de ventiladores gigantes como molinos tiraba aire fresco desde los subsuelos del auditorio, por entre los agujeros que se calaron bajo las butacas.

LA DANZA DE LOS BARONES Hasta allí, las artes. Luego, el baile. En un salón cubierto de mármoles verdes y blancos de Carrara, con palcos alrededor desde donde sonaban los valses de una orquesta apretujada contra las barandas; sobre unos pisos de jacarandá y cedro de 12 mil piezas, danzaban en rondas los barones. Abrazadas con delicadeza, dejándose llevar con una sonrisa mesurada bailaban las baronesas. No quedaba mal dejarse llevar por la música, en consonancia con las demás parejas, avanzando en círculo, mientras se miraba el fresco del techo: una dama central como la Gloria de las Artes en el Amazonas, rodeada de la danza, la pintura, la música y el teatro, acompañaba la coreografía Belle Epoque del baile, mirando siempre al observante, como viva, gracias a la técnica de la perspectiva perfecta de Domenico De Angelis. El brillo es tal, en parte por las pinturas del artista italiano, en parte por el dorado de las molduras pintadas en oro auténtico. Luego, el salón de los saludos. También funciona –y funcionaba– como sala de los autógrafos. Allí, después de la función, los artistas solían sonreír como japoneses a los nobles que los contrataban. Hasta que la riqueza comenzó a esfumarse de Manaos sin remedio, en 1908. Los ingleses habían desarrollado un proceso químico para producir caucho sintético. La Goodyear dejaba de necesitarlos y todo lujo rápidamente se haría innecesario. La selva volvería a ser nada menos que una selva y Manaos, un rincón donde hoy vive más de un millón de personas, lleno de buitres, pobres y televisores, yanquis y barcos de madera que navegan hasta lo profundo de la Amazonia.